El genocidio de Israel traiciona el Holocausto

Por: Chris Hedges
Globalizacion, 03 de enero 2024

Región: Medio Oriente
Tema: Guerra

Al oscurecer y falsificar las lecciones del Holocausto, perpetuamos el mal que lo definió. El plan maestro del lebensraum de Israel para Gaza, tomado de la despoblación de los guetos judíos por parte de los nazis, es claro. Destruir las infraestructuras, las instalaciones médicas y el saneamiento, incluido el acceso al agua potable.

Bloquear los envíos de alimentos y combustible. Desatar la violencia industrial indiscriminada para matar y herir a cientos de personas al día. Dejemos que la hambruna — la ONU estima que más de medio millón de personas ya están muriendo de hambre, y las epidemias de enfermedades infecciosas, junto con las masacres diarias y el desplazamiento de palestinos de sus hogares, convierten a Gaza en un depósito de cadáveres. Los palestinos se ven obligados a elegir entre morir a causa de las bombas, las enfermedades, la exposición o el hambre, o ser expulsados de su patria.

Pronto llegará un punto en el que la muerte será tan omnipresente que la deportación, para aquellos que quieran vivir, será la única opción.

Danny Danon, ex embajador de Israel ante la ONU y aliado cercano del primer ministro Benjamin Netanyahu, dijo a la radio israelí Kan Bet que ha sido contactado por «países de América Latina y África que están dispuestos a absorber refugiados de la Franja de Gaza». «Tenemos que facilitar que los habitantes de Gaza se vayan a otros países», dijo. «Me refiero a la migración voluntaria de palestinos que quieren irse».

El problema por ahora «son los países que están dispuestos a absorberlos, y estamos trabajando en esto», dijo Netanyahu a los miembros del Likud en la Knesset.

En el gueto de Varsovia, los alemanes repartían tres kilos de pan y un kilo de mermelada a cualquiera que se inscribiera «voluntariamente» para ser deportado. «Hubo momentos en que cientos de personas tuvieron que esperar en fila durante varias horas para ser 'deportadas'», escribe Marek Edelman, uno de los comandantes del levantamiento del gueto de Varsovia, en «The Ghetto Fights«. «El número de personas ansiosas por obtener tres kilogramos de pan era tal que los transportes, que ahora salían dos veces al día con 12.000 personas, no podían acomodarlos a todos».

Los nazis enviaban a sus víctimas a campos de exterminio. Los israelíes enviarán a sus víctimas a miserables campos de refugiados en países fuera de Israel. Los líderes israelíes también están anunciando cínicamente la limpieza étnica propuesta como un gesto voluntario y humanitario para resolver la catástrofe que crearon.

Este es el plan. Nadie, especialmente la administración Biden, tiene la intención de detenerlo.

La lección más inquietante que aprendí mientras cubría conflictos armados durante dos

décadas es que todos tenemos la capacidad, con poca insistencia, de convertirnos en verdugos voluntarios. La línea entre la víctima y el victimario es muy delgada. Los oscuros deseos de la supremacía racial y étnica, de la venganza y el odio, de la erradicación de aquellos a quienes condenamos como la encarnación del mal, son venenos que no están circunscritos por raza, nacionalidad, etnia o religión. Todos podemos convertirnos en nazis. Se necesita muy poco. Y si no nos mantenemos en eterna vigilancia sobre el mal, nuestro mal, nos convertimos, como los que llevan a cabo la matanza en masa en Gaza, en monstruos.

Los gritos de los que expiran bajo los escombros en Gaza son los gritos de los niños y hombres ejecutados por los serbios de Bosnia en Srebrenica, los más de 1,5 millones de camboyanos asesinados por los Jemeres Rojos, las miles de familias tutsis quemadas vivas en las iglesias y las decenas de miles de judíos ejecutados por los Einsatzgruppen en Babi Yar en Ucrania. El Holocausto no es una reliquia histórica. Vive, acechando en las sombras, a la espera de encender su vicioso contagio.

Estábamos advertidos. Raúl Hilberg. Primo Levi. Bruno Bettelheim. Hannah Arendt. Aleksandr Solzhenitsyn. Comprendían los oscuros recovecos del espíritu humano. Pero esta verdad es amarga y difícil de confrontar. Nosotros preferimos el mito. Preferimos ver en nuestra propia especie, nuestra propia raza, nuestra propia etnia, nuestra propia nación, nuestra propia religión, virtudes superiores. Preferimos santificar nuestro odio. Algunos de los que dieron testimonio de esta terrible verdad, entre ellos Levi, Bettelheim, Jean Améry, el autor de «At the Mind's Limits: Contemplations by a Survivor on Auschwitz and Its Realities» y Tadeusz Borowski, quien escribió «This Way for the Gas, Ladies and Gentlemen«, se suicidaron. El dramaturgo y revolucionario alemán Ernst Toller, incapaz de despertar a un mundo indiferente para ayudar a las víctimas y refugiados de la Guerra Civil española, se ahorcó en 1939 en una habitación del Hotel Mayflower de Nueva York. En la recepción de su hotel había fotos de niños españoles muertos.

«La mayoría de la gente no tiene imaginación», escribe Toller. «Si pudieran imaginar los sufrimientos de los demás, no los harían sufrir tanto. ¿Qué separaba a una madre alemana de una madre francesa? Consignas que nos ensordecían para que no pudiéramos escuchar la verdad».

Primo Levi arremetió contra la narrativa falsa y moralmente edificante del Holocausto que culmina en la creación del Estado de Israel, una narrativa adoptada por el Museo del Holocausto en Washington D.C. La historia contemporánea del Tercer Reich, escribe, podría ser «releída como una guerra contra la memoria, una falsificación orwelliana de la memoria, una falsificación de la realidad, una negación de la realidad». Se pregunta si «los que hemos vuelto» hemos sido «capaces de entender y hacer entender a los demás nuestra experiencia».

Levi nos vio reflejados en Chaim Rumkowski, el colaborador nazi y líder tiránico de Gueto de Łódź**.** Rumkowski traicionó a sus compatriotas judíos por el privilegio y el poder, aunque fue enviado a Auschwitz en el último transporte donde los judíos *Sonderkommando*—prisioneros obligados a ayudar a llevar a las víctimas a las cámaras de gas y deshacerse de sus cuerpos, en un acto de venganza supuestamente. Lo mataron a golpes afuera de un crematorio.

«Todos estamos reflejados en Rumkowski», nos recuerda Levi. «Su ambigüedad es nuestra, es nuestra segunda naturaleza, nosotros híbridos moldeados de arcilla y espíritu. Su fiebre

es la nuestra, la fiebre de la civilización occidental, que 'desciende a los infiernos con trompetas y tambores', y sus miserables adornos son la imagen distorsionada de nuestros símbolos de prestigio social». Nosotros, como Rumkowski, «estamos tan deslumbrados por el poder y el prestigio que olvidamos nuestra fragilidad esencial. Queramos o no, llegamos a un acuerdo con el poder, olvidando que todos estamos en el gueto, que el gueto está amurallado, que fuera del gueto reinan los señores de la muerte, y que cerca del tren está esperando».

Levi insiste en que los campos «no podían reducirse a los dos bloques de víctimas y perseguidores». Argumenta: «Es ingenuo, absurdo e históricamente falso creer que un sistema infernal como el nacionalsocialismo santifica a sus víctimas; al contrario; los degrada, los hace parecerse a sí mismo». Narra lo que llamó la «zona gris» entre la corrupción y la colaboración. El mundo, escribe, no es blanco y negro, «sino una vasta zona de conciencias grises que se interpone entre los grandes hombres del mal y las víctimas puras». Todos habitamos esta zona gris. Todos podemos ser inducidos a formar parte del aparato de la muerte por razones triviales y recompensas insignificantes. Esta es la aterradora verdad del Holocausto.

Es difícil no ser cínico ante la plétora de cursos universitarios sobre el Holocausto, dada la censura y la prohibición de grupos como Estudiantes por la Justicia en Palestina y Voces Judías por la Paz, impuesta por las administraciones universitarias. ¿Qué sentido tiene estudiar el Holocausto si no es para entender su lección fundamental: cuando tienes la capacidad de detener el genocidio y no la tienes, eres culpable? Es difícil no ser cínico con respecto a los «intervencionistas humanitarios» —Barack Obama, Tony Blair, Hillary Clinton, Joe Biden, Samantha Power— que hablan con rimas santurronas sobre la «responsabilidad de proteger» pero guardan silencio sobre los crímenes de guerra cuando hablar amenazaría su estatus y sus carreras. Ninguna de las «intervenciones humanitarias» que defendieron, desde Bosnia hasta Libia, se acerca a replicar el sufrimiento y la matanza en Gaza. Pero defender a los palestinos tiene un costo, un costo que no tienen la intención de pagar. No hay nada moral en denunciar la esclavitud, el Holocausto o los regímenes dictatoriales que se oponen a Estados Unidos. Todo lo que significa es que defiendes la narrativa dominante.

El universo moral se ha puesto patas arriba. Quienes se oponen al genocidio son acusados de propugnarlo. Se dice que los genocidas tienen derecho a «defenderse». Vetar los altos el fuego y proporcionar bombas de 2 toneladas a Israel que arrojan fragmentos de metal a miles de metros de distancia es el camino hacia la paz. Negarse a negociar con Hamás liberará a los rehenes. El bombardeo de hospitales, escuelas, mezquitas, iglesias, ambulancias y campos de refugiados, junto con el asesinato de tres ex rehenes israelíes, desnudos hasta la cintura, ondeando una bandera blanca improvisada y pidiendo ayuda en hebreo, son actos de guerra rutinarios. Matar a más de 21.300 personas, incluidos más de 7.700 niños, herir a más de 55.000 y dejar sin hogar a casi todos los 2,3 millones de habitantes de Gaza es una forma de «desradicalizar» a los palestinos. Nada de esto tiene sentido, como se dan cuenta los manifestantes de todo el mundo.

Está naciendo un nuevo mundo. Es un mundo en el que las viejas reglas, más a menudo honradas en el incumplimiento que en la observancia, ya no importan. Es un mundo en el que vastas estructuras burocráticas y sistemas tecnológicamente avanzados llevan a cabo a la vista del público vastos proyectos de exterminio. Las naciones industrializadas, debilitadas, temerosas del caos global, están enviando un mensaje ominoso al Sur Global y a cualquiera que pueda pensar en una revuelta: los mataremos sin restricciones.

Un día, todos seremos palestinos

«Me temo que vivimos en un mundo en el que la guerra y el racismo son omnipresentes, en el que los poderes de movilización y legitimación del gobierno son poderosos y crecientes, en el que el sentido de responsabilidad personal se ve cada vez más atenuado por la especialización y la burocratización, y en el que el grupo de iguales ejerce tremendas presiones sobre el comportamiento y establece normas morales. Christopher R. Browning escribe en Ordinary Men, sobre un batallón de la policía de reserva alemana en la Segunda Guerra Mundial que fue responsable del asesinato de 83.000 judíos. En un mundo así, me temo, los gobiernos modernos que desean cometer asesinatos en masa rara vez fracasarán en sus esfuerzos por ser incapaces de inducir a los 'hombres ordinarios' a convertirse en sus 'verdugos voluntarios'».

El mal es proteico. Muta. Encuentra nuevas formas y nuevas expresiones. Alemania orquestó el asesinato de seis millones de judíos, así como de más de seis millones de gitanos, polacos, homosexuales, comunistas, testigos de Jehová, masones, artistas, periodistas, prisioneros de guerra soviéticos, personas con discapacidades físicas e intelectuales y opositores políticos. Inmediatamente después de la guerra se dispuso a expiarse por sus crímenes. Hábilmente transfirió su racismo y demonización a los musulmanes, y la supremacía racial permaneció firmemente arraigada en la psique alemana. Al mismo tiempo, Alemania y EE.UU. rehabilitó a miles de ex nazis, especialmente de los servicios de inteligencia y la comunidad científica, e hizo poco para enjuiciar a los que dirigieron los crímenes de guerra nazis. Alemania es hoy el segundo mayor proveedor de armas de Israel, después de Estados Unidos.

La supuesta campaña contra el antisemitismo, entendida como cualquier declaración que critique al Estado de Israel o denuncie el genocidio, es en realidad la defensa del Poder Blanco. Es por eso que el Estado alemán, que ha criminalizado efectivamente el apoyo a los palestinos, y los supremacistas blancos más retrógrados de Estados Unidos, justifican la carnicería. La larga relación de Alemania con Israel, que incluye el pago de más de 90.000 millones de dólares desde 1945 en reparaciones a los supervivientes del Holocausto y sus herederos, no tiene que ver con la expiación, como escribe el historiador israelí Ilan Pappé, sino con el chantaje.

«El argumento a favor de un Estado judío como compensación por el Holocausto fue un argumento poderoso, tan poderoso que nadie escuchó el rechazo rotundo de la solución de la ONU por parte de la abrumadora mayoría del pueblo de Palestina», escribe Pappé. «Lo que sale claramente es un deseo europeo de expiación. Los derechos básicos y naturales de los palestinos deben ser dejados de lado, empequeñecidos y olvidados por completo en aras del perdón que Europa buscaba del recién formado Estado judío. Era mucho más fácil rectificar la maldad nazi frente a un movimiento sionista que enfrentarse a los judíos del mundo en general. Era menos complejo y, lo que es más importante, no implicaba enfrentarse a las propias víctimas del Holocausto, sino a un Estado que decía representarlas. El precio de esta expiación más conveniente fue robar a los palestinos todos los derechos básicos y naturales que tenían y permitir que el movimiento sionista los limpiara étnicamente sin temor a ninguna reprimenda o condena».

El Holocausto se convirtió en un arma casi desde el momento en que se fundó Israel. Fue bastardeado para servir al estado del apartheid. Si olvidamos las lecciones del Holocausto, olvidamos quiénes somos y en qué somos capaces de convertirnos. Buscamos nuestro valor moral en el pasado, más que en el presente. Condenamos a otros, incluidos los palestinos, a

un ciclo interminable de matanzas. Nos convertimos en el mal que aborrecemos. Consagramos el horror.

Chris Hedges

La fuente original de este artículo es Globalización
Derechos de autor © Chris Hedges, Globalización, 2024

Comentario sobre artículos de Globalización en nuestra página de Facebook
Conviértase en miembro de Globalización

Artículos de: **Chris Hedges**

Disclaimer: The contents of this article are of sole responsibility of the author(s). The Centre for Research on Globalization will not be responsible for any inaccurate or incorrect statement in this article. The Center of Research on Globalization grants permission to cross-post original Global Research articles on community internet sites as long as the text & title are not modified. The source and the author's copyright must be displayed. For publication of Global Research articles in print or other forms including commercial internet sites, contact: publications@globalresearch.ca

www.globalresearch.ca contains copyrighted material the use of which has not always been specifically authorized by the copyright owner. We are making such material available to our readers under the provisions of "fair use" in an effort to advance a better understanding of political, economic and social issues. The material on this site is distributed without profit to those who have expressed a prior interest in receiving it for research and educational purposes. If you wish to use copyrighted material for purposes other than "fair use" you must request permission from the copyright owner.

For media inquiries: publications@globalresearch.ca